

Humanidades y proyecto humano^{*}

Señoras y señores:

Motivo alegre e importante es el que hoy nos reúne: la graduación de un selecto grupo de estudiantes como maestros profesionales en el área de las humanidades.

Atrás quedan 4 años de arduo trabajo, de angustias, de sinsabores. Pero también, 4 años en los cuales hubo momentos de alegría, ratos agradables.

Quizás quedan atrás también, al principio de esos 4 años, los complejos producidos por haber escogido la carrera del magisterio y del magisterio en humanidades.

Tal vez quisimos hacer otra carrera. Tal vez nuestra familia también lo quiso. Y mucho trabajo pudo habernos costado convencer a nuestras familias y sobre todo, convencernos a nosotros mismos, de que había hecho la elección correcta. De todas maneras, el estar hoy aquí, es una excelente manera de confirmarlo.

^{*} Discurso de Graduación de los Estudiantes de la Facultad de Artes y Humanidades de la Universidad Pedagógica Nacional. 4 de agosto de 1989.

Es posible que hayamos escogido la carrera de maestros sin darnos cuenta, en ese momento de las implicaciones que tendría hacerlo. Hoy ya debemos saberlo; no deben quedar dudas al respecto. Si hay alguna profesión que implique responsabilidad y sacrificio, esa profesión es el magisterio, ya que al maestro se le ha confiado ese oficio especial de construir, mejor diríamos, de moldear hombres.

En este sentido, e invocando el mito bíblico, podríamos decir, sin temor a irreverencias, que el maestro es un pequeño Dios cuya labor consiste en infundir en sus alumnos-hombres nuevos, el aliento vivificante y liberador de la cultura.

Y esta tarea se hace mucho más gigantesca y más pesada para quienes somos maestros de humanidades. Porque nosotros no tratamos con la naturaleza bruta o viviente inanimada; todas nuestras lecturas, nuestras investigaciones, nuestras reflexiones, tienen como objeto de estudio al hombre, su aparición, su evolución en el tiempo y en el espacio y sobre todo, el sentido de su existencia.

Muchos, en muchas partes, han creído que estudiar humanidades es estudiar costura (arte, por lo demás valioso, que evita que estemos aquí desnudos) y lo dicen en forma despectiva, casi como sinónimo de vagancia, ¡Vagancia!, ¡Qué ironía! No puede ser vagancia estudiar al único ser que le ha dado al mundo un sentido.

Humanidades es el plural de humanidad y ésta la traducción de la palabra latina *humanitas*, término que se inventó Marco Tulio Cicerón, el gran jurista y orador romano, como sinónimo de *decencia humana*. Decencia humana era igual a proyecto humano. Humanismo que había comenzado con Homero, con la invención de la democracia y con el sentido de la libertad, por parte de algunos grupos humanos, en Grecia, cuna de nuestra cultura.

Así, curiosamente, en una sociedad esclavista, de dominadores y dominados, sin disfraz de ninguna especie, se fueron originando los grandes valores que habrían de definir lo que llamamos la sociedad moderna.

Desde luego que no podemos dejar de lado, en este contexto, el aporte del cristianismo, que consistió en

postular el concepto de igualdad de los hombres; concepto de igualdad que, aunque concebido metafísicamente, en nada disminuye su grandeza dado el momento histórico en que fue planteado, sin el cristianismo, ni el Renacimiento, ni el humanismo renacentista, hubieran sido posibles.

Es cierto que en el Renacimiento comienza un fuerte proceso antropocéntrico de la historia; un cierto desplazamiento de Dios por el hombre, pero esto no hubiera sido posible con el solo hecho de volver al humanismo de la antigüedad clásica, si no hubieran estado de por medio las enseñanzas del cristianismo que le habían mostrado al hombre que era hijo de la Divinidad.

Toda la ciencia que viene del Renacimiento y sus derivados, la tecnología en el ámbito natural y la política en el ámbito social, van a estar orientadas a la realización de un proyecto humano cada vez más consciente.

De burdas herramientas se pasa a máquinas cada vez más gigantescas y complicadas. De una aceptación pasiva de la historia como causada por fuerzas externas ajenas a ella, se pasa a considerar al hombre como creador de la misma.

Surgen las revoluciones en todos los órdenes y la idea de *progreso* se constituye en el pilar fundamental de la ideología de las nuevas sociedades y en la estrella que ilumina el proyecto humano.

Desgraciadamente, después de varios siglos de experiencia, el proyecto que parecía al principio que iba a ser la realización máxima de la humanidad, ha venido desmoronándose ante nuestros ojos, haciéndonos sentir el peso de una crisis como nunca antes la sintió el conglomerado humano. El soñado paraíso se ha convertido ahora en incertidumbre y angustia y, para muchos, en un infierno.

Parece que nos hemos quedado con el alma desnuda y con las manos vacías, parados sobre un mundo erosionado; doblemente erosionado: por la destrucción del ambiente biológico y por la renuncia a practicar los más caros valores que sustentaban el proyecto humano.

Suena irónico que hoy, cuando estamos celebrando bulliciosamente los 200 años de la Revolución Francesa, que lanzó a los cuatro vientos el grito de igualdad de los

hombres y su derecho a la felicidad, millones de ellos estén pereciendo por hambre y que la guerra se haya constituido en el sustrato fundamental de las organizaciones sociales y de los sistemas políticos. Y ello, no por culpa de leyes inexorables de la naturaleza, ni por designios de la voluntad divina, sino simple y llanamente por la voluntad de unos hombres de querer vivir de la explotación del trabajo de otros.

Esta actitud, en verdad, es la que está llevando al fracaso del proyecto humano y nos está hundiendo en un mundo de barbarie en el cual todas las ideologías y todos los ideales políticos e inclusive religiosos, se han derrumbado como endeble ídolos de barro, dejándonos con la sensación de que no hay alternativas a la vista.

Como consecuencia de lo anterior, el existencialismo más vulgar y pragmático, golpea ferozmente a nuestras puertas y el lema *“¡sálvese quien pueda!”* parece la única norma de conducta para sobrevivir. *“¡Sálvese quien pueda!,”* no importa cuántos cadáveres, viudas y huérfanos, queden aplastados bajo sus pies.

Aquí es donde el maestro y, especialmente el maestro de humanidades, debe decir su palabra, debe hacer oír su voz, para denunciar, enseñando, cuáles son las causas reales que hacen imposible una sociedad humana y para mostrar los caminos que harían posible construirla.

Aquí es donde la práctica pedagógica adquiere su sentido como una práctica política.

Si no entendemos la política como se la entiende normalmente, es decir como el arte de enriquecerse a costa del engaño, sino que la entendemos como una práctica orientada a la transformación de la sociedad para hacerla más humana; la práctica pedagógica es, tiene que ser, una práctica política.

El maestro, como creador de cultura, como intelectual que es, no puede renunciar a dicha práctica, pues al hacerlo traicionaría su vocación de maestro y su razón de ser humano. Por eso decía ese gran educador de hombres que fue Aníbal Ponce, maestro de la Escuela Normal de México en los años 30: “Hay algo sin embargo, mucho más grave que la humillación de los inferiores; la servidumbre de la

inteligencia. Los pensadores deben ser, para su pueblo, los vigías y los orientadores. Por eso cuando engañan y cuando adulan, su palabra adquiere, a veces una repercusión nefasta¹.

Desde luego que el riesgo es grande porque, decir *nuestra palabra* puede llevarnos a perder honores y prebendas, o simplemente la amistad de quienes se sientan denunciados por ella.

Pablo Neruda, el gigante de la poesía americana, expresaba esta realidad en versos plasmados en carta a un amigo. Decía Neruda, tomando como referencia a Teócrito, el renombrado poeta de la Alejandría de los Tolomeos:

Cuando yo escribía versos de amor, que me
brotaban por
todas partes, y me moría de tristeza,
Errante, abandonado, royendo el alfabeto,
Me decía. ¡Qué grande eres, oh Teócrito!
Yo no soy Teócrito; tomé a la vida,
Me puse frente a ella, la besé hasta vencerla,
Y luego me fui por los callejones de las minas

¹ PONCE, Aníbal, “Mussolini y la servidumbre de la inteligencia”, en *Revista Jurídica y de Ciencias Sociales*, Nos. IV-V, Buenos Aires, 1926, pp. 158-159.

A ver cómo vivían otros hombres.
Y cuando salí con las manos teñidas de basuras y dolores,
Las levanté mostrándolas en las cuerdas del oro,
Y dije: ¡Yo no comparto el crimen!
Tosieron, se disgustaron mucho, me quitaron el saludo
Me dejaron de llamar Teócrito, y terminaron
Por insultarme y mandar toda la policía a encarcelarme,
Porque no seguía ocupado exclusivamente de asuntos metafísicos²

La práctica pedagógica no tiene nada de metafísico y no puede tenerlo. Tiene que reflexionar sobre la realidad cotidiana, injusta y sangrante como estamos viviéndola.

La práctica pedagógica es una lucha diaria, lucha de quijotes que debe comenzar cada mañana como si fuera la primera de nuestra vida. Y si se está a punto de desfallecer, por la incomprensión y por las circunstancias adversas, hay

² NERUDA, Pablo, citado por RUBIO, Jaime en *Al encuentro de la cultura hispanoamericana*, Bogotá, Banco de la República, 1985, p. 155.

que renovar el acto de fe que nos permite vivir y no sentirnos vencidos.

Cuando digo esto, vienen a mi memoria unos versos que, allá en mi adolescencia, encontré perdidos en alguna revista de acostumbrada lectura. Su mensaje me impactó y me ha servido, en más de una ocasión, para superar mis horas difíciles.

No resisto hoy la tentación de citar esos versos que podemos compartir en todo o en parte, pero que, de todas maneras, llevan un mensaje de aliento para quienes, como ustedes, no terminan hoy una carrera sino que la comienzan.

Porque hoy, estimados graduandos, no termina: comienza su carrera. Lo que la Universidad hizo en estos cuatro años fue tratar de darles algunos elementos para realizarla lo mejor posible.

Dicen así los versos en referencia:

No te sientas vencido, aun vencido,

No te sientas esclavo, aun esclavo,
Trémulo de pavor siéntete bravo,
Y ataca feroz, aun malherido.

Ten el tesón del clavo enmohecido
que ya viejo y ruin, vuelve a ser clavo,
No la cobarde intrepidez del pavo
Que amaina su plumaje al primer ruido.

Procede como Dios que nunca llora,
O como Lucifer que nunca reza,
O como el robledal cuya grandeza
Necesita del agua y no la implora

que grite y vocifere vengadora
Al rodar en el polvo tu cabeza.

La historia no la han hecho los borregos, los pusilánimes,
los mediocres. La han hecho gentes inconformes, gentes
con coraje que consideraron que el mundo debía y podía ser
mejorado, y actuaron asumiendo todos los riesgos para
lograrlo.

Tenemos que hacerlo así; porque a ello nos obliga nuestro compromiso social, compromiso que implica la justicia, implica la democracia, pero que implica, sobre todo, la dignidad de los hombres.

Muchas gracias.